



Ponente

JUAN MARÍA LABOA

Catedrático de Historia de la Iglesia. Universidad Gregoriana de Roma. Sacerdote y escritor

1. Resumen

Quiero abordar muy modestamente este importante tema, que tiene que ver con la vida entera del creyente, partiendo del Vaticano II, cuyo cincuentenario celebramos ahora, y teniendo en cuenta al Papa Francisco, cuya vida y palabras se centran precisamente en los problemas actuales del ser humano.

Este título se relaciona íntimamente con el modelo de Iglesia que vivimos en nuestra experiencia cristiana y que deseamos ofrecer hoy al mundo, modelo que si queremos concuerde con el concilio y con las exigencias del papa, tiene que ser el de una Iglesia abierta, transparente, capaz de acoger, un lugar en el que ninguno debiera sentirse excluido. Todo ser humano debe ser acogido, respetado y amado por quien se siente cristiano y, por consiguiente, hijo del Padre que ama a todos por igual. Una Iglesia que con su talante y su acción sea madre y casa de todos. Ha sido un lugar común en la mentalidad contemporánea la idea de que la Iglesia se ha enfrentado sistemáticamente con el mundo moderno y lo ha rechazado con argumentos y actitudes. Desde el Concilio Vaticano II ha cambiado esta percepción, al menos, en buena parte de los católicos: se busca ir al encuentro del mundo en el que vivimos. Recordemos entre los muchos existentes dos ejemplos paradigmáticos: los hermanitos de Foucauld en cuanto a su concepción y vida, y el Atrio de los Gentiles de Benedicto XVI en cuanto muestra de capacidad de diálogo.

Propongo esquemáticamente un decálogo de reflexiones:

1. El “signo de los tiempos” se impone en nuestra reflexión creyente como regla de observación y de establecimiento de prioridades. Si no conoce lo que la gente piensa y siente, el discípulo se aísla, teoriza y se atreve a juzgar a las personas de acuerdo a sus intereses y a sus propios pensamientos. Contemplar el mundo bajo este prisma supuso un replanteamiento del concilio del modo de afrontar los gozos, las tristezas y los problemas del ser humano, y de analizarlas y afrontarlas.

Juan XXIII y Pablo VI encabezando, dirigiendo y acompañando el Vaticano II han sabido colocar al ser humano en el centro de las acciones y preocupaciones de la Iglesia.

El Papa Francisco, en su discurso en el Capitolio americano, afirmó a propósito de la abolición de la pena de muerte que “una pena justa y necesaria nunca debe excluir la dimensión de la esperanza y el objetivo de la rehabilitación”.

El tema de las cárceles debería estar presente en todo ser humano y, de manera especial, en todo creyente. Si las cárceles solo son punitivas y no tratan de modo primordial de regenerar a los delincuentes, se convierten solo en un castigo muy caro e inútil ya que termina reenviando a la sociedad ciudadanos poco preparados para serlo.

2. Lercaro, Pildain y un centenar de padres conciliares propusieron que el pobre fuera el centro de la reflexión conciliar. Aunque ningún esquema trató expresamente el tema, hoy somos conscientes de enorme su influjo en el cambio de la Iglesia en nuestros días. Obviamente, la pobreza sobresale en el Evangelio y en la historia de la Iglesia, pero pocas veces ha sido considerado en la vida cristiana con la importancia que Jesús manifiesta en el Evangelio. Sin embargo, San Francisco fue consciente de su transcendencia y por eso ha sido considerado a lo largo de los siglos como un fiel imitador de Cristo. La *Lumen Gentium*, uno de los documentos más importantes del Vaticano II, nos dice en su párrafo consagrado a Cristo pobre: “Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y en la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación”. Cristo Jesús, “a pesar de su condición divina [...] se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (Flp 2,6) y por nosotros se hizo pobre a pesar de ser rico (2Cor 8,9). También la Iglesia, aunque necesite recursos humanos para realizar su misión, sin embargo, no existe para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar también con su ejemplo la humildad y la renuncia [...]. También la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana; más aun descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos”. Naturalmente, cuando dice la Iglesia se refiere a todos los cristianos.

3. El tema de la emigración solo puede ser entendido en su radicalidad desde las bienaventuranzas. Un problema que abarca a tantísimas personas y de tal implicación étnica solo puede ser afrontado tras la aceptación de la necesidad de compartir una mayor austeridad y sacrificio por parte de los ciudadanos de los países de acogida.

4. Comprender el poder como servicio a todos los ciudadanos y como servicio del bien común. Tengamos en cuenta también las palabras del Papa Francisco en Turín: “no a una economía del descarte, que exige que nos resignemos a la exclusión de quienes viven en pobreza absoluta”. En este mismo sentido debemos comprender sus exigencias del “no a la idolatría del dinero”, del “no a la corrupción” y del “todo esto exige un modelo económico que no esté organizado en función del capital y de la producción, sino más bien en función del bien común”.

El Papa Francisco señaló en el Capitolio: “ustedes están invitados a proteger, por medio de la ley, la imagen y semejanza plasmada por Dios en cada rostro”. Invitación que llega a cada uno de nosotros en toda acción que repercute en el prójimo: “ustedes están llamados a defender y custodiar la dignidad de sus conciudadanos en la búsqueda constante y exigente del bien común, pues este es el principal desvelo de la política”.

Los católicos debemos ser conscientes de que la política responde a la necesidad imperiosa de convivir para construir juntos el bien común posible, el de una comunidad que resigna intereses particulares para poder compartir con justicia y paz sus bienes, sus intereses y su vida social.

5. Comprender y vivir la Iglesia como una “tienda de campaña”, abierta y cooperante con la humanidad doliente. “Hospital de campaña” aglutina esa evolución espiritual y eclesial que ha ido centrándose en los seres humanos más débiles y necesitados, expresando con más claridad cómo Dios y la Iglesia se manifiestan por su misericordia. La bula de proclamación del Jubileo actual lo relaciona con la novedad del concilio que incrementó el sentido de los cristianos por la solidaridad con toda la raza humana que lucha por la paz, la justicia y la prosperidad.

La comunidad creyente es católica si permanece abierta a todos y se constituye en signo de comunión para todos los hombres.

No es católica solo porque se encuentra en todos los países del mundo sino porque los siente como propios y está preocupada por todos.

Un modelo a seguir: Carlos de Foucauld, el llamado “hermano universal”, el que desparramó su vida entre los ciudadanos con los que convivía, tanto los que le aceptaban como los que le rechazaban.

6. La casa común. En el documento *Laudato si* encontramos una vigorosa condena del abuso de las riquezas naturales provocado por una egoísta sed de poder y de bienestar material y la defensa de la precedencia de la persona sobre los intereses particulares, aunque estos sean legítimos. Ha subrayado el Papa Francisco que también la naturaleza y no solo la humanidad tienen sus derechos. El abuso y la destrucción del ambiente son asociados a

un creciente proceso de exclusión. La exclusión económica y social constituye una negación total de la fraternidad humana y un gravísimo atentado a los derechos humanos y al ambiente. No podemos perder de vista la parábola de los obreros de la viña (Mt. 20,8) y la parábola de los talentos en las que se nos recuerda la obligación de rendir cuentas por la gestión realizada con el legado que hemos recibido.

7. El actual Año Jubilar nos recuerda que el tema de la misericordia debe convertirse en centro de nuestra fe, de nuestra actuación y de nuestra aproximación al mundo. El Jubileo de la Misericordia constituye una ocasión magnífica de reflexión (debemos interesarnos más por la actualidad eclesial y por su razón de ser. Resulta desconcertante lo poco que sabemos y nos interesamos por la proyección de la fraternidad y solidaridad de la comunidad cristiana en el mundo), de discernimiento entre las oportunidades que la vida nos ofrece y de elección de actitudes y actuaciones que resulten acordes con la propuesta de Cristo y con la razón de ser de nuestra fe.

8. En este Jubileo actual, todo cristiano debe ser para el prójimo la “puerta” que se nos abre para conocernos mejor, la “comunidad” en la que nos integramos como miembros queridos y bien recibidos; la solidaridad siempre abierta y compartida; el “camino” que necesariamente recorreremos, pero que conviene recorrerlo fraternamente en compañía, acompañados por tantos cristianos ejemplares que en el mundo han sido, que han participado o participan de nuestra debilidad y de nuestra necesidad de ser acogidos y escuchados.

9. Observar, acompañar y discernir a los seres humanos que comparten nuestra vida. Desde la noción de Padre común descubrimos la exigencia personal de preocuparnos por las necesidades de cuantos nos rodean. Es una consecuencia de la fraternidad vivida y consentida.

10. Debemos reflexionar y orar para que estas exigencias evangélicas se traduzcan en la vida de los propagandistas y en sus actuaciones. Propagandistas mucho antes por su testimonio que por sus actuaciones y testimonios, sin utilizar el nombre de Dios en vano, sin aprovecharnos de las instituciones que, todas, son apostólicas, sin desilusionar a cuantos nos observan, precisamente, por el nombre que llevamos.

2. Desarrollo¹

Queridos amigos, en este rato, en este cuarto de hora, he querido centrarme en un aspecto casi de interpretación. “Los católicos ante los problemas ac-

¹ Transcrito por audición.

tuales” es el título. Mi pregunta sería introductoria: ¿quiénes son los católicos, y cuáles son los problemas actuales? Yo, en este acto, en el que estoy encantado con vosotros, tengo que decirlo, actúo de telonero, porque quien realmente sabe de este tema es Agustín. Ha escrito mucho sobre él, ha reflexionado y ha pensado. Nos conocemos desde hace muchísimos años y siempre le he estimado y le he seguido.

¿Qué es actuar o plantear el tema “Católicos y problemas actuales”? ¿Qué modelos de Iglesia tenemos? ¿Qué modelo de religión tenemos? Este título podía haberse dado en 1848 en España, en 1932, pero se da en el 2015. Y este título, y nosotros, estamos en una sociedad y en una Iglesia que ha vivido el Vaticano II, y tiene un papa, que es Francisco. Es muy difícil afrontar un tema tan global y, en el fondo, con tan distintas interpretaciones como es el de hoy, sin tener claro qué representa la Iglesia para nosotros; no la Iglesia santa, católica y apostólica: la Iglesia de hoy. La Iglesia siempre es la Iglesia de un día, la Iglesia encarnada. Todo para el papa, las exigencias del papa para el concilio, son para un católico dos elementos fundamentales de seguimiento: el ser humano debe ser, debe constituir el centro del cristianismo encarnado y de nuestra actuación como católicos. La Iglesia que, en su talante y su actuación, sea casa y madre de todos. Hemos oído de siempre, los que nos dedicamos a la historia lo hemos visto con simpatía y a veces con negatividad, esa afirmación del XIX: la Iglesia lucha y va siempre contra la modernidad. Desde el Concilio Vaticano II, en estos 50 años difíciles, apasionantes, que hemos vivido, conozco a papas llenos de fuerza, con un Francisco –que es el que tenemos en este momento–, absolutamente sorprendente en cuanto a su traducción inmediata del mandato de Jesús de amar y ser misericordiosos. Es muy difícil, o debería de ser muy difícil que siguieran acusándonos de estar contra el mundo. Yo quisiera comenzar con una frase de un grato alemán, Premio Nobel, Heinrich Böll, que siendo yo joven estudiante universitario nos encantaba: “Lo que le ha faltado hasta hoy a los mensajeros del cristianismo, de toda proveniencia, es la ternura”. Lo que nos ha faltado, dice el papa muchas veces, a los que actuamos intentando ser acogedores y ayudar, es la ternura.

Yo quisiera, con esta pequeña introducción, simplemente dar diez puntos de reflexión. Los he reflexionado a menudo desde mi tarea de historiador y como sacerdote y os los brindo.

Primero: el signo de los tiempos. No se puede afrontar nada en la vida, menos lo religioso, menos lo pastoral y menos responder a este título de nuestra charla, sin conocer cómo está el mercado, cuáles son las angustias, las esperanzas, las ilusiones del hombre de hoy. Porque nosotros, como Jesús, no respondemos al filósofo tal o a las grandes proposiciones, respondemos al

hombre de hoy, anunciamos el amor de Dios al hombre de hoy, que somos nosotros, con nuestras miserias y nuestras alegrías. Contemplar el mundo bajo este prisma supuso un replanteamiento del concilio, y estas luchas estúpidas internas dentro de la Iglesia, si tuviésemos como punto de referencia al hombre de hoy y no nuestros gustos y nuestras aflicciones, seríamos mucho más pastorales, seguramente más cristianos.

Dos: colocar al hombre en el centro de interés. “Dios se encarna” quiere decir que Dios omnipotente coloca al hombre en el centro de su interés, porque su hijo es un hombre. Juan XXIII, al convocar el Concilio Vaticano II, dice: “Hay que servir al hombre en cuanto tal, y no sólo a los católicos. Hay que defender en toda circunstancia los derechos de toda persona humana, y no sólo los de la Iglesia católica”. Es un principio del papa que resultó importantísimo para el concilio, y debe resultar para nosotros. Muchas veces estamos tan encerrados en nuestras preocupaciones eclesiales, que son legítimas pero que, si no dejan de ser eclesiales, se convierten en enfermizas, y nos olvidamos de que es el hombre el que ha sido la causa de la encarnación de Dios. Todo es el hombre. Pablo VI, en su maravilloso discurso de fin de concilio, dijo: “La Iglesia debe servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones y en todas sus debilidades”.

“En todas sus necesidades”. Si el político, como el creyente, como el sacerdote, tuviese este principio en su agenda y se diese en su trabajo a cumplirlo, la mitad de nuestros problemas estaban resueltos. Veamos, por ejemplo –lo he apuntado porque es un tema que me apasiona, sí, por eso lo digo–, el tema de las cárceles. Si el tema de las cárceles, en lugar de estar centrado en castigo debido a quien ha delinquido, estuviera centrado, como en teoría está, en la reforma, renovación y conversión del hombre dentro de las cárceles, las cárceles tendrían otro éxito que no tienen hoy.

Tercero: la pobreza. La pobreza no es sólo el pobre miserable. La pobreza es: ¿el cristiano está dispuesto a vivir más austeramente de lo que está, con tal de que haya un mundo mejor? No es problema de caridad, “doy esto”. No, no. ¿Me acerco yo a la media de la situación bajando mis necesidades para que el otro suba? La gran novedad del concilio fue realmente cuando [ininteligible] en España, y otros obispos dijeron: “Vamos a poner al hombre, a todo hombre, pero sobre todo al necesitado, al excluido, al miserable, al triste, al angustiado. Vamos a ponerlo en el centro de nuestra teología”. Tanta teoría, tanta elucubración... Bajemos un poco, porque Dios se encuentra más cerca en el pobre, como Él dijo en el Evangelio.

Cuarto: el tema de la emigración. Desde mi punto de vista, la emigración en su radicalidad –no digo en su complejidad, para eso están los polí-

ticos- sólo puede ser comprendida desde las bienaventuranzas. Un problema de tal enumeración [ininteligible] millones que pueden llegar al primer mundo. Como buen historiador del mundo romano, siempre intento hacer una relación casi imposible. La emigración hunde el Imperio Romano, la emigración va a cambiar nuestro mundo. No sé cómo se podrá afrontar la emigración, porque no soy ningún experto, pero de lo que estoy seguro es de una cosa: si nuestros países no están dispuestos a que su tenor de vida baje, sea más austero, el tema de la emigración nunca podrá ser resuelto. Porque, necesariamente, si en España llegan mañana un millón más de emigrantes, el tenor de vida bajará. ¿Estamos dispuestos a aceptarlo? ¿Nuestro cristianismo está tan hecho en nosotros como para aceptar esa [ininteligible] esa consecuencia?

El quinto es un tema que hoy está de moda enunciarlo pero no cumplirlo, claro está, porque todo lo difícil es más fácil de enunciar que cumplir. El poder es el servicio a los ciudadanos, a todos los ciudadanos. El poder es el servicio al bien común de todos los ciudadanos. Todo esto necesita, desde mi pobre punto de vista, un modelo económico que no es el que tenemos. Si tenemos en cuenta el bien de todos los ciudadanos, difícilmente podemos permitir que durante tiempo haya junto a nosotros, donde gastamos muchos millones y vivimos muy bien, millones que viven en la pura miseria. Francisco dice: “No a la idolatría del dinero, no a la corrupción”. No a un modelo económico que permita la corrupción y la miseria en la calle o en la casa junto a la cual se tira el dinero por la ventana. Francisco, en el Capitolio, dijo: “Ustedes están invitados a proteger por medio de la ley, la imagen y semejanza plasmada por Dios en cada rostro”, invitación que llega a cada uno de nosotros en cada acción que repercute en el prójimo. Si nuestros políticos tienen este simple precepto: a quien yo gobierno es a imagen y semejanza de Dios... “Ustedes están llamados”, sigue diciendo en el Capitolio, “a defender y custodiar la dignidad de sus conciudadanos en la búsqueda constante y exigente del bien común”. Porque el bien común es el principal desvelo de la política. Ningún político me diría que no acepta esto, o que no es algo fundamental en su política. Dudamos mucho, viendo nuestras políticas en todos los países, que el bien común, y común tiene sólo un significado, sea realmente el bien perseguido. Esto tal vez no lo diría en la Universidad Complutense, en donde hubiese gente de todas las religiones y de todo, pero aquí lo puedo decir: nosotros no podemos afrontar ni la política ni la vida social como católicos si no tenemos la imagen de la Iglesia como una tienda de campaña en el sentido amplio que le da el Papa Francisco. La Iglesia, o está abierta y cooperante con una humanidad doliente, o no es la Iglesia de Jesús. En el Evangelio hay co-

sas complicadas, en el Evangelio hay cosas que hay que explicar y hay frases absolutamente clarísimas que no necesitan ninguna explicación. Que Jesús, sin utilizar la idea de tienda de campaña, está utilizando en cada una de sus páginas ese mandato a todos de ser el samaritano para cada uno de los nuestros, me parece bastante claro.

El séptimo es la casa común. Yo no soy, por vida, después de tantos años de vida, un hombre que me he preocupado mucho por el clima y la situación del medio ambiente. La encíclica del papa es una encíclica clarísima, nada teórica, de una persona que ha vivido en América los desastres del Amazonas y tantos otros desastres: la casa común no son sólo los hombres, sino también la naturaleza. Para todo esto, ya termino, el Año Jubilar de la Misericordia no es un año más. No es, ciertamente, para ganar una indulgencia, entiéndase como se entienda la indulgencia. Es una invitación a ser buen conciudadano, buen compañero, a escuchar, a acompañar, a amar a la gente.

El último tema que yo propondría es cómo traducir estas reflexiones en una [ininteligible] como la nuestra, de propagandistas. El día que yo dejé, después de unos años absolutamente maravillosos, la asociación, en mi homilía final de despedida dejé como legado algo que me parecía importante y que habíamos hablado muchas veces: no podemos en nuestra vida utilizar el nombre de Dios en vano. Los creyentes somos muy dados a utilizar el nombre de Dios en vano. En la política, en lo social, en lo económico... Es decir, a manipular a Dios por mi bien. Este es un tema importante, y no sólo para los propagandistas, pero desde luego también para los propagandistas.

Muchas gracias.

M^a Fernanda de Paz Vera – Muchas gracias padre Laboa por su magnífica exposición. Ahora tendrá su turno el Dr. Agustín Domingo Moratalla

Profesor y catedrático acreditado de Filosofía Moral y Política en la Universidad de Valencia, donde es Director de la Sección departamental de Filosofía del Derecho, Moral y Política, es también Director de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (UIMP-Valencia). Ha sido catedrático de bachillerato en Ávila y Salamanca (nº 1 en las oposiciones), profesor encargado de Cátedra en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde puso en marcha la Facultad de Comunicación, Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación con estudios de Derecho (primer ciclo), y becario de la Fundación Oriol-Urquijo. Amplió estudios en la Universidad Católica de Lovaina, siendo *fellowship* en la Cátedra Hoover y en el Centro para el Estudio de la Cultura y los Valores de la Universidad Católica de América (Washington). Puso en marcha la titulación de Ciencias Políticas y de la Administración en la Uni-